

subprefectos para confirmarlos en sus destinos ó separarlos de ellos según su conducta; y al nuevo comandante de la gendarmería, el duque de Rovigo, que se captase lo más pronto posible la voluntad de esta fuerza tan preciosa por su inteligencia, su vigilancia y su abnegación en el cumplimiento de sus deberes. Mandó llamar al conde de Lobau, cuyo criterio, cuyo tacto y autoridad moral sobre el ejército estaban bien probados, para confiarle el mando de París y de las tropas que debían pasar por la capital. Al tomar esta medida, Napoleón abrigaba una intención digna de la profundidad de su talento. La revolución que acababa de restablecerle en el trono era en el fondo una revolución militar. La mayor parte de los regimientos se habían visto obligados á pronunciarse por él en presencia de los oficiales, los unos apurados aunque adictos á su causa, los otros completamente contrarios á ella, y con estos últimos, poco numerosos por cierto, se hallaban los soldados en tal pugna que era necesario poner remedio al mal lo más pronto posible si no se quería caer en una verdadera anarquía. El conde de Lobau era el más á propósito para poner remedio á un estado de cosas semejante. Napoleón le confirió, además del mando de la primera división militar, una autoridad dictatorial sobre las tropas de paso, con la misión de cambiar los oficiales ó de reconciliarlos con sus soldados, restableciendo de este modo el orden y la disciplina en el ejército. El proyecto de Napoleón era el de llamar sucesivamente á París á casi todos los regimientos y tenerlos en la capital algunos días por lo menos, á fin de hacerlos pasar bajo la mano dulce y firme al mismo tiempo del conde de Lobau. Le encomendó que comenzase en seguida la citada reorganización, porque de entre los quince ó veinte mil hombres que se hallaban entonces reunidos en la capital y del número sobre poco más ó menos igual de soldados que debían llegar á ella, quería escoger cerca de veinte mil en buen estado para dirigirlos hacia Lille á fin de hacer frente con ellos á cualquier tentativa realista llevada á cabo por los príncipes fugitivos, ó á cualquier diversión, poco verosímil pero posible, del ejército anglo-holandés acantonado en Bélgica.

Estas precauciones originaban una cuestión que, aunque para Napoleón no lo era, discutió en la misma mañana con el nuevo ministro de la Guerra. ¿Debía, como han imaginado después algunos críticos (1), proseguir su marcha triunfal hacia el Norte y dar fin en los bordes del Rhin á la revolución que había operado desde el Ródano al Sena, con el objeto de recobrar de un solo golpe las antiguas fronteras de la Francia contra la Francia misma? El proyecto era incitante, porque con el entusiasmo que reinaba estaba seguro de no encontrar ningún obstáculo hasta Lille, y podía lisonjearse de vencer los que encontrase desde Lille á Colonia. Sin embargo, este proyecto, por brillante que pareciese, no influyó ni un momento en las resoluciones de una prudencia nueva en él pero fuertemente arraigada.

(1) Al decir esto queremos aludir al mariscal Marmont quien, con la ligereza ordinaria de sus juicios, ha pretendido en sus Memorias que era preciso no detenerse en París, sino aprovechar el impulso impreso en los ánimos para avanzar hasta el Rhin. Nuestros lectores van á ver, por el relato que sigue, cuán inconsiderado y desprovisto á un mismo tiempo de razón y de conocimiento de los sucesos es el juicio en cuestión.

(N. del A.)

Desde luego durante su marcha hacia París había recibido Napoleón noticias del Mediodía, que sin ser alarmantes merecían fijar un poco la atención. Le habían dicho, lo que era cierto, que Marsella estaba exacerbada y que la población de la baja Provenza se dirigía hacia Grenoble y Lyon guiada por el duque de Angulema. En la mañana del 21 llegaron á sus manos noticias de Burdeos y del Oeste al mismo tiempo. Le decían que bajo la influencia de la duquesa de Angulema, imitando Burdeos á Marsella, trataba de insurreccionar los departamentos de la ribera opuesta del Garona, y tenía algunas probabilidades de lograrlo; que el duque de Borbón establecido en Angers, fomentaba desde allí un levantamiento en la Vendée; que el mariscal Saint-Cyr, recién llegado á Orleans con poderes extraordinarios de Luis XVIII, había hecho desaparecer en aquella capital la escarapela tricolor, ostentada por las tropas á impulso del general Pajol; que había sido arrestado este general y enarbolada la bandera blanca en las orillas del Loira. Por último, y esto era más grave, se aseguraba que no debía Napoleón fiarse de la milicia nacional de París. Esta fuerza, formada por la clase media de la capital, no había visto con gusto la caída del trono constitucional de Luis XVIII, y temía más que nadie la guerra. Hasta si se juzgaba de sus disposiciones por el lenguaje de algunos de sus oficiales, había bastante fundamento para atribuirle intenciones verdaderamente hostiles.

No había en todos estos datos motivo para alarmar seriamente á un hombre como Napoleón: conocía la prudencia de la milicia nacional de París; sabía que, descontenta en el primer momento, no tardaría en serle favorable cuando supiese sus intenciones pacíficas y liberales, y cuando hubiese separado de sus filas á algunos oficiales que buscaban escándalo é importancia: respecto de las tentativas realistas en el Oeste y el Mediodía, estaba persuadido de que el prodigioso efecto que causaría la noticia de su entrada en París bastaría para inutilizarlas, y en todo caso no podía creer que los Borbones, que nada habían conseguido siendo dueños de París, pudiesen, fugitivos y relegados á los confines del territorio, encontrar las fuerzas que les habían faltado cuando disponían en toda plenitud de la autoridad soberana; pero con todo hubiera sido abrirles camino alejarse de la residencia del gobierno antes de haberse apoderado fuertemente de sus riendas, lanzarse temerariamente á través de la Bélgica y de las provincias rhenanas con las únicas tropas organizadas disponibles, no dejando en París más que ministros nombrados la víspera, regimientos diseminados y faltos, exponiéndose de este modo á ver renacer detrás de sí la autoridad de los Borbones, que había echado por el suelo; y no sólo ésta sino otras consideraciones todavía más graves se oponían á semejante proyecto.

Desde luego no podía Napoleón disponer, aún recogiendo todas las fuerzas aptas que hallase desde París á Lille, más que de veinticinco á treinta mil infantes, de cuatro á cinco mil jinetes y de 50 á 60 cañones medianamente montados (2). Ahora bien: ¿sabía lo que podía encontrar en Bélgica? Hallaría seguramente pueblos muy bien dispuestos en nuestro favor, pero tropas leales

(2) Hablo en vista de estados positivos.

(N. del A.)

á su soberano, y tres ó cuatro veces más numerosas que las que podía reunir. Con efecto, debía encontrar en las cercanías de Bruselas veinte mil holandeses y belgas, treinta mil ingleses y hannoverianos, á los que habría que añadir marchando hacia Lieja treinta mil prusianos, y de este modo se hallaría en presencia de ochenta mil enemigos con sólo treinta á treinta y seis mil combatientes. Avanzando un paso más, encontraría otros veinte mil prusianos, diez y ocho mil bávaros, veinte ó treinta mil wurtembergueses, badenses, hesseses, etc., y tendría delante, al llegar á los bordes del Rhin, ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil enemigos. Esto sería ir á buscar muy lejos una derrota, posible sobre el Mosa, casi segura sobre el Rhin; diseminaría sus fuerzas que ya lo estaban mucho; aumentaría las dificultades administrativas, ya muy grandes, de reorganizar el ejército conduciendo los cuadros incompletos desde Lille, Mezieres y Nancy hasta Colonia, Coblenza y Maguncia; comprometería, haciendo retroceder á los aliados hasta juntarse unos con otros, el plan que constituía la principal esperanza de Napoleón y que consistía en aprovecharse de la dispersión de sus adversarios para arrojarlos en medio de ellos y batirlos sucesivamente; y por último y sobre todo, al apresurar las hostilidades se privaría de tres meses con los que podía contar de seguro si no tomaba la iniciativa, tres meses, mucho más preciosos para nosotros que para el enemigo, puesto que él tenía algo y nosotros nada, y estos tres meses, empleados como Napoleón acostumbraba á emplear el tiempo, podrían compensar suficientemente la enorme desigualdad de fuerzas que existía entre la Francia y la Europa coligada.

En todo lo que precede nada hemos dicho respecto de la nueva situación de Napoleón ante la Francia, situación de las más difíciles, y que no le permitía absoluta, perentoriamente, poner en ejecución ninguna medida inmediata más allá de nuestras fronteras.

En efecto, ¿cómo se había presentado Napoleón al desembarcar en Cannes? Se había presentado como un libertador que acudía á desembarazar á la Francia de los emigrados, pero sin atentar ni á la libertad ni á la paz. Paz y libertad eran las dos palabras que no había cesado de repetir en sus discursos desde su llegada á Grenoble. Pronunciarlas era fácil, pero no tanto hacer creer en ellas. A fin de conseguirlo, declaró Napoleón en todas partes, y hasta lo escribió á Viena desde las diversas capitales por donde pasó, que aceptaba el tratado de París y que le observaría fielmente, por más que él se hubiese negado á firmarlo. Esta declaración sedujo á todos cuantos la oyeron, porque comprendían que si había una sola probabilidad de sostener la paz, esta probabilidad era la de anunciar acto continuo que se aceptaba la obra de las potencias, es decir, la antigua frontera de 1789, un poco ensanchada por el lado de Landau y Chambéry. Ahora bien: si al día siguiente de su entrada en París se hubiera dirigido Napoleón sin detenerse sobre el Mosa y el Rhin, hubiera el público necesariamente visto en él el mismo hombre á quien la fortuna había conducido desde la Francia á Moscou para llevarlo de nuevo por el camino de Leipsick hasta las alturas de Montmartre; no hubiera dudado en reconocer en él al conquistador, y con el conquistador al déspota que había perdido el país y su grandeza. Moral-

mente nadie le hubiera ayudado, y materialmente hubiera contado con algunos cuadros incompletos á una inmensa distancia del Rhin, donde la dificultad de reclutarlos se hubiera triplicado.

Por otra parte, si se añaden á las razones militares y administrativas las razones políticas, puede afirmarse que había no solamente poderosos motivos para detenerse en París, sino una necesidad de obrar así absoluta, incuestionable.

En vista de todo esto, Napoleón, llegado al centro del imperio, había decidido apoderarse de las riendas del gobierno, ofrecer la paz á las potencias extranjeras sobre la base de los tratados de París y de Viena, soportar las humillantes negativas á que verosímilmente se vería expuesto, publicar estas negativas, en vez de disimularlas, á fin de tener de su parte el orgullo de la nación, aprovecharse de cuanto se dijera con este motivo para poner sus tropas sobre las armas con su ordinaria actividad, para situar sus fuerzas entre la capital y la frontera del Norte, á fin de hacer más fáciles sus operaciones, y después, simulando la inacción, caer de repente como el rayo sobre el enemigo, penetrando bruscamente en medio de sus dispersos destacamentos. Éstas eran, pues, sus únicas ideas, sensatas, sólidas, dignas del genio administrativo y militar de Napoleón.

Habiendo confiado al conde de Lobau la misión de reunir bajo su mando las tropas que se hallaban en París y que debían llegar sucesivamente á la capital, de inspeccionarlas rápidamente, de restablecer entre ellas la unión y la disciplina, le ordenó que sin pérdida de tiempo formase un cuerpo de unos veinte mil hombres á cuyo frente se pondría el prudente y bizarro general Reille, avanzando con él hacia Lille, en donde se decía que Luis XVIII abrigaba el proyecto de establecerse con su servidumbre militar y acaso con un refuerzo de tropas extranjeras.

Afortunadamente el mariscal Mortier desempeñaba el mando militar en Lille bajo la autoridad superior del duque de Orleans; y había seguridad de que este mariscal, si admitía en esta plaza á Luis XVIII, como era su deber, rechazaría á las tropas inglesas ó prusianas, y por otra parte el duque de Orleans no obraría de distinta manera que el mariscal Mortier; por consiguiente, si Lille llegaba á ser momentáneamente un lugar de descanso para Luis XVIII, no sería entregado al enemigo. Pero, de todos modos, era preciso no sólo vigilar esta plaza, sino además todas las de la frontera del Norte, y el general Reille tendría bastantes recursos para desempeñar esta misión con los veinte ó treinta mil hombres que sucesivamente iban á ser puestos á sus órdenes. No pudiendo hallarse dispuesto el general Reille antes de tres ó cuatro días, ordenó Napoleón al general Exelmans que reuniese inmediatamente la caballería disponible y que siguiese con tres mil caballos á la corte fugitiva. La misión del general Exelmans consistía únicamente en obligar á los prófugos que traspasasen el territorio francés guardándoles todas las consideraciones debidas, pero apoderándose del tesoro y de los diamantes de la corona que llevaban consigo en los furgones. Había la certeza de que el general Exelmans, á pesar de sus resentimientos personales, no llevaría á cabo su cometido con rigor, y Napoleón deseaba que así fuese, porque cifraba su orgullo en hacer contrastar

su conducta con la de los hombres que habían puesto precio á su cabeza.

Respecto al Mediodía, antes de tomar medidas quiso saber con exactitud lo que allí sucedía. Por otra parte, necesitaba tiempo para reunir algunas tropas independientemente de las que confiaba al general Reille, y entretanto, confiaba plenamente en que el espíritu que dominaba en Lyon y en Grenoble sería un obstáculo para cualquier tentativa que se tratase de llevar á cabo en contra suya. Además envió un oficial á Orleans para que intimase al mariscal Saint-Cyr, bajo la amenaza de los castigos más severos, la orden de restituir el mando al general Pajol; y dirigió á Burdeos el general Clausel con el encargo de reunir las fuerzas que encontrase en el camino y de expulsar á la duquesa de Angulema, la que por respetable que fuese no podía llegar á ser un temible enemigo.

Después de haber consagrado á estas urgentes atenciones la mañana del 21, empleó el resto del día en pasar revista, tanto á los cuerpos que se encontraban en París como á los que le habían seguido desde Grenoble, y que habían podido llegar á la capital desde Fontainebleau. Aquella era una ocasión natural de presentarse á los parisienses que todavía no le habían visto y de usar un lenguaje que, saliendo del círculo de sus conversaciones íntimas, pudiese ser repetido por todos los ecos de la Francia á todos los ecos de la Europa.

Se formaron en la plaza del Carrousel cerca de veinticinco mil hombres con las tropas llegadas desde Grenoble á Fontainebleau, las del campamento de Villejuif y sobre todo el batallón de la isla de Elba, que ejecutó á pie en veinte días la prodigiosa marcha de doscientas cuarenta leguas. La milicia nacional parisiense no fué citada á la revista, porque no habían podido hacerse algunos cambios de oficiales, y no se hallaba preparada para asistir á una solemnidad en la que se iba á celebrar el restablecimiento del imperio. Pero la población, advertida de antemano, acudió en masa, y entre los más entusiastas se encontraban naturalmente los que odiaban á los emigrados, aquellos que no habían dejado de profesar cariño á la gloria imperial, y muchos curiosos á los que la maravillosa expedición de la isla de Elba había sacado de su indiferencia. Por lo demás, siempre se puede organizar una fiesta brillante para felicitar á un gobierno, porque todo gobierno, cualquiera que sea, tiene partidarios que acuden á sus solemnidades, mientras que sus adversarios se hallan ausentes, y que aplauden lo suficiente para simular la universalidad de los ciudadanos. En aquella ocasión había además en los hechos consumados elementos para conmovir á la más glacial población. Con efecto, el pueblo de los arrabales acudió á la plaza del Carrousel para aplaudir al hombre que más había excitado su imaginación, para aplaudir sobre todo á los ochocientos granaderos y cazadores de la guardia, que habiendo acompañado en el destierro á su general, le volvían triunfante al trono de la Francia.

Aquellos veteranos cubiertos de cicatrices, muertos de cansancio, con el calzado hecho pedazos, conmovieron vivamente á los circunstantes, y muchos de ellos respondieron no con gritos sino con lágrimas á las aclamaciones de la multitud. Las ávidas miradas del público no se separaban de ellos más que para buscar, bajo su popular *redingote*, al personaje fabuloso que acababa

de realizar un nuevo milagro digno de su pasada fortuna. Todos le hallaban grueso, pero sumamente tostado, lo que paliaba el efecto de su gordura; y dirigiendo siempre en torno suyo miradas inflamadas por el genio que residía en su frente. Mandó formar las tropas en columna cerrada, y las dijo con su vibrante voz algunas palabras enérgicas y apasionadas. «Soldados, exclamó: he vuelto á Francia con ochocientos hombres, porque contaba con el amor del pueblo y la memoria del ejército. Mis esperanzas no han salido fallidas. Soldados: yo os doy las gracias. La gloria de lo que hemos conseguido á vosotros y al pueblo pertenece. La mía es la de haberos conocido y adivinado... El trono de los Borbones era ilegítimo, porque destruido por la nación hace veinte años, había sido restablecido por manos extranjeras, porque no ofrecía garantías más que á una minoría arrogante, cuyas pretensiones eran contrarias á vuestros deseos. Sólo el trono imperial puede garantizar los intereses de la nación, y el más noble de estos intereses es el de nuestra gloria. Soldados: vamos á salir á expulsar de nuestro territorio á los príncipes cómplices é instrumentos del enemigo, y al llegar á la frontera tendremos nuestra marcha. No queremos mezclarnos en los asuntos de otras naciones; ¡pero desgraciadas de las que quieran tomar parte en los nuestros!» Después mandó á los oficiales del batallón de la isla de Elba que se le acercaran, y mostrándolos á las tropas: «Soldados, añadió Napoleón: he aquí los oficiales que me han acompañado en mi infortunio; ¡todos son mis amigos, todos son caros á mi corazón! Cada vez que los vea, me parecía volver á ver al mismo ejército, porque entre estos ochocientos valientes se hallan representantes de todos los regimientos. Su presencia me recordaba las inmortales jornadas que nunca se borrarán de vuestra memoria ni de la mía. ¡Al amarlos era á todos vosotros á quien amaba! Ellos os han devuelto intactas y siempre gloriosas las águilas que la traición cubrió por un momento con un crespón fúnebre. Soldados: yo os los devuelvo; ¡juradme que los seguiréis adondequiera que los llame el interés de la patria!...» «¡Lo juramos!» respondieron todos agitando las bayonetas y blandiendo los sables. La emoción fué inmensa, porque los sentimientos que había despertado Napoleón eran profundos en el corazón de los hombres que escuchaban su vehemente alocución.

Napoleón se dirigió en seguida á palacio en medio de una considerable afluencia de gente, con la mirada animada y como rodeado de un nuevo prestigio. Los altos funcionarios que no se habían presentado la víspera, fuese por no estar advertidos ó porque titubeasen en el partido que deberían seguir, se pusieron en evidencia en el día 21, y el emperador fué en cierto modo universalmente reconocido y proclamado. Carnot, abandonando su retiro, acudió á las Tullerías, y movido por un sentimiento del que participaban todos sus amigos, el de unirse á Napoleón para defender de común acuerdo la causa de la revolución, aceptó el ministerio del Interior. El título de conde no le gustaba, pero creyó en aquella grave situación suscitar una dificultad negándose á admitirlo. El duque de Vicence aceptó igualmente el ministerio de Negocios extranjeros; y ya completo el gobierno de Napoleón, pudo inmediatamente comenzar á desempeñar su inmensa tarea.

Mientras que Napoleón empleaba su tiempo como hemos dicho, Luis XVIII continuaba su retirada hacia Lille. Sabido es que los realistas acérrimos habían procurado encaminarle á la Vendée, al paso que los realistas moderados, cuidadosos de captarse los sentimientos de la Francia, procuraron dirigirle á Lille para que desde allí asistiese sin traspasar la frontera á la lucha que iba á trabarse entre la Europa y el imperio restablecido. No teniendo gran confianza en el asilo que podría encontrar en el seno de una ciudad francesa, no agradándole permanecer en Bélgica, Luis XVIII sólo deseaba dirigirse al país en el que durante seis años había disfrutado de un completo reposo. Así pues, libre de los locos y de los prudentes desde el instante en que salió de Saint-Denis, cedió á su inclinación y tomó el camino de Abbeville que debía conducirle á Calais y de Calais á Londres.

Durante este tiempo, el conde de Artois y el duque de Berry, que continuaban al frente de la servidumbre militar, siguieron el camino de Beauvais al paso de la infantería. El espectáculo que entonces ofrecía la servidumbre militar del rey era lo más penoso que puede darse. Formada por personas adictas pero en su mayor parte ajenas al servicio militar, incompletamente equipadas, presentaban una larga columna de morosos que, por falta de caballos, habían montado en carretas y se dejaban conducir de este modo al mismo tiempo y en la misma forma sobre poco más ó menos que sus equipajes. Sólo se hallaba organizada la compañía de guardias de corps del mariscal Marmont, compuesta de antiguos soldados, y bien disciplinada como lo estaban ordinariamente las tropas confiadas á este mariscal. Las demás ofrecían un aspecto triste y desolador, pero todavía era más triste el espectáculo de las tropas reunidas en Saint-Denis.

Hemos dicho que, para ocultar al público la próxima partida de la familia real, se dirigieron hacia Villejuif las tropas destinadas al ejército de Melún, y que una vez verificada sin obstáculo la salida del rey se las dió orden de replegarse hacia Saint-Denis. Como se ha visto, no obedecieron esta orden y no se presentó en Saint-Denis más que el escaso número de los que se enviaron directamente á este punto.

Entre estas últimas figuraban una gran parte de la artillería, un batallón de oficiales de reemplazo, y además algunos jóvenes estudiantes de leyes que habían seguido á Luis XVIII bajo el nombre de voluntarios realistas, y que representaban á la juventud honrada, confiada en la libertad de los Borbones, y no esperando de los Bonapartes. El mariscal Macdonald se trasladó á Saint-Denis para recoger á estos restos y conducirlos á Luis XVIII; pero llegando en las primeras horas de la tarde del 20, encontró en plena insurrección al batallón de oficiales de reemplazo, esforzándose en arrastrar tras sí á la artillería y hasta saqueando los equipajes del séquito real. El mariscal procuró poner término á este escándalo, pero aunque personalmente fué respetado, se vió reducido á tener que alejarse reuniéndose á la servidumbre militar, que encontró en marcha y en el estado que precedentemente hemos descrito. En seguida dejó al conde de Artois y al duque de Berry para acercarse al rey y tratar de impulsarle á seguir el consejo de retirarse á Lille.

El 21 por la noche llegó á Abbeville y se presentó al rey, á quien halló entre Mr. de Blacas y el príncipe Berthier completamente tranquilo y demostrándose más sensible á la incomodidad que le causaba aquel brusco cambio de residencia que á la pérdida del trono. Conservando poca esperanza, achacando sus nuevas desgracias á su hermano y á los emigrados, convencido de que la Europa no se tomaría más que un escaso interés por gentes que no habían sabido sostenerse, Luis XVIII tenía más prisa de llegar á Hartwell que de salvar, observando una conducta hábil, los restos de un porvenir en el que no se confiaba apenas. No habló más que de su cansancio, de su gota, de las molestias á que le exponía la pérdida de su equipaje, y escuchó con distracción todo cuanto le dijo el mariscal para excitarle á encaminarse á Lille. Este bizarro y prudente militar, que reunía á una rara intrepidez y á una profunda experiencia de la guerra mucho criterio político, le recordó el mal efecto que habían producido las atenciones que había guardado al príncipe regente al salir de Londres, la acusación universal dirigida á los Borbones de preferir el extranjero á la Francia, y particularmente la Inglaterra á los demás países, el inconveniente de justificar estas prevenciones apresurándose á traspasar la frontera, y á traspasarla para llegar á Londres; é insistió con vehemencia en que el rey fuese á Lille y en que permaneciese al menos en el último límite del territorio. En Lille se hallaría seguro y podría siempre permanecer al abrigo de toda eventualidad con sólo andar una ó dos leguas para salir de Francia.

Luis XVIII le respondió con mucha sagacidad que tan seguro estaría en Lille como en cualquier otra parte, porque necesitaría una guarnición; que cualquiera que ésta fuese se portaría como las tropas de que habían querido servirse contra Napoleón, y por último que llamar á Lille á los ingleses ó á los prusianos sería observar la peor conducta del mundo á los ojos de la Francia. Por lo demás, sensible á las observaciones de un servidor tan leal como el mariscal Macdonald, consintió en seguir sus consejos, pero le pidió que le dejase el tiempo necesario para tomar algún alimento, y le excitó á que marchara delante, prometiendo reunirse con él en breves horas. Mientras duró esta especie de sesión, no tomó la palabra ningún otro que el mariscal. Mr. de Blacas, juzgando igualmente malas todas las decisiones, no dijo nada por más que se conociese en su silencio que prefería la retirada á Lille. El infortunado Berthier, tan asombrado de hallarse donde estaba como el público de verle en aquella situación, manifestó con su rostro abatido y silencioso las dudas de su alma: ¡triste castigo, en la persona de un hombre honrado, del deseo de pertenecer á todos los regímenes y de conservar, á pesar de su pasado, el mismo puesto en todos!

El mariscal Macdonald tomó, pues, inmediatamente el camino de Bethune, á fin de ir á Lille á disponer la residencia de la familia real, y llegó el 22 de marzo por la mañana ante aquella plaza, ocupada por el duque de Orleans y cuyas puertas había cerrado él mismo. Nuestros lectores deben recordar que este príncipe fué encargado del mando de las tropas del Norte, con la misión de formar una reserva que acudiese á situarse á la izquierda del duque de Berry, si se trababa el com-

bate cerca de París, y que protegiere la retirada de la familia real si se veía obligada á abandonar la capital. El duque de Orleáns, el único que gozaba de alguna popularidad entre las tropas, las encontró tranquilas, pero evidentemente mal dispuestas en favor de la causa del trono, y procuró tenerlas separadas para retardar la explosión de sus sentimientos. Encaminó hacia Lille aquellas cuya disciplina le pareció menos alterada y se encerró en la plaza con seis ó siete mil hombres y el mariscal Mortier, resuelto como él á ofrecer un asilo al rey, pero á negar la entrada á los prusianos y á los ingleses. Habiendo sabido por el telégrafo el 21 por la mañana la entrada de Napoleón en París, cortó toda comunicación exterior, con la doble intención de impedir á los emisarios bonapartistas que penetrasen en la ciudad y á los soldados que desertasen de ella.

Las órdenes del duque de Orleáns se ejecutaron con tanta exactitud que las llaves de la ciudad fueron depositadas en poder del estado mayor de la plaza, y como los guardianes se habían ausentado momentáneamente de las puertas, no había nadie que pudiese responder al mariscal Macdonald, quien no sabiendo cómo dar á entender su misión, se vió en la necesidad de escribir una esquila con lápiz, de atarla á una piedra y de arrojarla de este modo al centinela que custodiaba la muralla. Como la esquila indicaba en el sobre que pertenecía al mariscal Macdonald, el centinela la llevó al cuerpo de guardia más próximo y desde allí fué remitida al estado mayor. La puerta no tardó en abrirse y el mariscal fué conducido á presencia del duque de Orleáns, quien le dió á conocer el estado de las cosas y le aseguró que el rey recibiría de las tropas una hospitalidad respetuosa, pero poco duradera, y siempre bajo la condición de que no tratase de introducir en la plaza ni á la servidumbre militar ni á los ingleses.

Luis XVIII llegó en efecto por la tarde el día 22, y fué acogido con todos los honores debidos al soberano. La población de Lille, piadosa y realista, prorrumpió en violentos gritos de *viva el rey!*, pero las tropas formadas en dos filas al presentar las armas guardaron un sepulcral silencio.

Luis XVIII quiso inmediatamente consultar con el príncipe y con los mariscales la conducta que convendría observar, y en presencia del rey, de Mr. de Blacas, del príncipe Berthier y de los mariscales Macdonald y Mortier, expuso el duque de Orleáns la situación en que se hallaban con una completa claridad de lenguaje y sinceridad de miras. Aprobó el consejo que el mariscal Macdonald había dado al rey de permanecer en el territorio francés todo el tiempo posible, pero demostró al paso que apenas podrían habitar en Lille algunas horas; que el espectáculo que acababan de presenciar, el de una población ruidosamente simpática y el de unas tropas fríamente respetuosas, era la expresión fiel del estado de los ánimos; que las tropas eran dueñas de Lille y no consentirían que se cometiese el menor desacato contra el rey, cifrando en esto su honor; pero que estaban persuadidas de que se quería entregar la plaza á los ingleses, y que en esta creencia no dejarían entrar á la servidumbre militar ni mucho menos se moverían de sus puestos si por acaso querían librarse de su presencia; que por lo demás, aun suponiendo que consiguiesen alejarlas, no sería posible con mil doscientos

hombres de la milicia nacional y tres ó cuatro mil jinetes morosos de la servidumbre militar, defender una fortaleza en la que se necesitaban lo menos doce mil hombres de la mejor infantería para hallarse en seguridad; que durante algunos días las tropas se prestarían á dar la guardia al rey, pero que no desempeñarían mucho tiempo este papel, sobre todo cuando recibieran órdenes de París; que el mejor partido que podía tomarse era el de trasladarse á Dunkerque, donde la población era tan realista como la de Lille; que allí no había necesidad de una crecida guarnición, bastando la servidumbre militar convertida en soldados de infantería, y que además tendrían el recurso del mar y el refugio de la Inglaterra en un caso apremiante; que sin dejar de pisar el suelo francés hallándose en Dunkerque, estarían desde allí al mismo tiempo más lejos del teatro de la guerra; que probablemente conservarían en su favor á Calais, Ardres y Gravelines, y que en estos puntos podrían contar con alguna marina, formando de este modo un pequeño reino marítimo donde continuaría ondeando la bandera blanca sin ninguna apariencia de complicidad con la bandera enemiga que debía invadir á la Francia.

El mariscal Mortier apoyó vivamente este dictamen lleno de sensatez y el príncipe Berthier no le contradujo. Mr. de Blacas le aprobó, y al adoptarle el mariscal Macdonald no combatió más que la precipitación de la marcha, que haría pasar al rey por un fugitivo, asediado por el miedo ó arrojado de Lille. Respondiéndole el duque de Orleáns que era preciso andar veinticinco leguas para llegar á Dunkerque, y que lo que entonces era fácil podría ser más difícil un día después, se adoptó el dictamen de la inmediata marcha, y únicamente el rey con su extremada laxitud pidió que le dejasen reposar algunas horas.

Se separaron, pues, con orden de preparar la marcha, pero siempre perplejo y fatigado el rey la aplazó hasta el día siguiente. El duque de Orleáns y los mariscales emplearon el resto del día en visitar las tropas y en hablarlas. «El rey puede estar seguro entre nosotros, respondieron los oficiales á quienes preguntaron; pero sabemos que se quiere entregar la plaza al enemigo, y que este es el proyecto de los emigrados que rodean al rey. Así, pues, si la servidumbre militar se presenta, haremos fuego sobre ella.» A pesar de cuantas protestas formularon para convencerlos de que no se pensaba lo que creían, no hubo medio de disipar sus temores, y lo que contribuía á arraigarlos más y más en el ánimo de las tropas, era que las personas que acompañaban al monarca decían que era preciso poner término á aquella comedia de un falso respeto hacia el soberano bajo el que se ocultaba una próxima traición, y que lo más sencillo era introducir diez mil ingleses en la plaza. Estos imprudentes propósitos eran creídos y las palabras del duque de Orleáns consideradas como un efecto de su credulidad. Era, pues, evidente que apenas podrían permanecer uno ó dos días en esta equívoca situación.

Al día siguiente, 23, hubo una falsa alarma. Llegaron á vista de las murallas de Lille algunos batidores, y se divulgó el rumor de que se aproximaba la servidumbre militar. Durante un momento manifestaron las tropas la más viva emoción, hallándose dispuestas á tirar sobre

los que se acercaban. El duque de Orleáns y los mariscales, aunque con inmenso trabajo, las calmaron; pero no fué posible disuadirlas de que se proyectaba entregar la plaza á los ingleses. En vista de semejantes disposiciones, no podía prolongarse más tiempo la estancia del rey en Lille. El consejo que la víspera habían formado el duque de Orleáns, Mr. de Blacas y los mariscales Berthier, Macdonald y Mortier, se reunió de nuevo por la mañana y reconoció unánimemente la necesidad que tenían de abandonar una ciudad custodiada por tropas atentas y respetuosas para Luis XVIII, pero adictas á Napoleón y siempre dispuestas á proclamar en la primera ocasión la autoridad imperial. La única divergencia de opiniones consistía en la elección del punto adonde el rey debería encaminarse al salir de Lille. El duque de Orleáns, apoyado por los tres mariscales, insistió de nuevo en que se dirigiese á Dunkerque. El rey no rechazó esta idea, pero dijo que en el estado en que se hallaban las cosas creía peligroso andar por el territorio francés las veinticinco leguas que le separaban de Dunkerque, y anunció que desde luego iba á tomar el camino de la Bélgica para llegar á Dunkerque por el territorio belga. No logrando cambiar su resolución las razones que expuso el duque de Orleáns para probar que no debía abandonar ni un solo instante el territorio nacional, el mariscal Macdonald con un tono respetuoso, pero firme, le declaró que con gran pesar suyo se veía obligado á separarse de él; que nunca emigraría y mucho menos para dirigirse á un país lleno de tropas de la coalición; que había sido fiel á la monarquía mientras había permanecido en Francia, pero que no podía seguirla más allá; que no iría á ofrecer su espada al hombre que había vuelto á trastornar la nación, pero que esperaba retirado días más venturosos. Luis XVIII escuchó con el mayor comedimiento esta franca declaración, dió las gracias al mariscal por su noble conducta, le libertó de sus juramentos y se despidió de él con las demostraciones más afectuosas. El mariscal Mortier habló del mismo modo, recibió la misma respuesta y los mismos testimonios, y anunció que con el mariscal Macdonald acompañaría al rey hasta el límite de la frontera. El príncipe Berthier se calló, pero llamando aparte á los mariscales Macdonald y Mortier les dijo que siendo como era capitán de una compañía de guardias de corps se hallaba obligado á seguir el rey hasta el paraje que tuviese á bien escoger para su retiro, y que cuando hubiese cumplido este deber se hallaba decidido á volver á Francia, encargándose que lo noticiasen así en París. El rey, dirigiéndose entonces al duque de Orleáns, le preguntó con una malicia visible lo que pensaba hacer; y el duque de Orleáns le respondió con la mayor calma que su opinión era de los mariscales, pero que en su calidad de príncipe de la sangre no podía obrar como ellos, es decir, quedarse en Francia; que seguiría al rey hasta la frontera, y que después solicitaría el permiso de dejarle, porque no quería ir á Bélgica, punto de reunión de los ejércitos enemigos. El rey, con acento tranquilo, le manifestó que hacía bien y dió sus órdenes para ponerse inmediatamente en marcha.

El 23 al mediodía salió Luis XVIII de Lille por el camino de Bélgica: la población le manifestó el vivo sentimiento que su ausencia le causaba y las tropas le

despidieron con respeto, pero dando á conocer su alegría por el enorme peso que se les quitaba de encima.

El duque de Orleáns y los mariscales, escoltando á caballo el carruaje del rey, le condujeron hasta la frontera á dos leguas sobre poco más ó menos de la plaza, y después de recibir sus gracias y de despedirse de él volvieron á Lille para deponer su mando. El duque de Orleáns escribió á todos los generales que tenía á sus órdenes para librarlos de sus obligaciones militares, haciéndolos dueños de sus voluntades y devolviéndolos al país.

Entonces el mariscal Mortier le comunicó un detalle que había tenido la delicadeza de ocultarle, tal era el de haber recibido de París poderes y órdenes para obrar como mejor le pareciese, para la salvaguardia de la frontera, para la expulsión de los príncipes de Borbón y hasta para arrestarlos si creía necesario tomar esta medida. El mariscal no quiso molestar á los príncipes ni apresurar su marcha comunicándoles los nuevos deberes que le imponía el que había vuelto á ser dueño del territorio, y no se los reveló hasta que tomaron y casi habían realizado su última resolución. El duque de Orleáns partió para Inglaterra, el mariscal Mortier comunicó por el telégrafo á París que Luis XVIII había abandonado á Lille y que esta plaza no se hallaba ni nunca se había hallado en peligro. Después transfirió el mando al general conde de Erlón, que se había visto obligado á ocultarse de resultados de la intentona de los hermanos Lallemand. En medio de estas bruscas revoluciones que trastornan y á veces separan de la virtud á los corazones más honrados, la historia se complace en poder referir escenas en las que todo el mundo, príncipes, mariscales y soldados, supieron cumplir deberes casi opuestos con tanta delicadeza y precisión.

Durante este tiempo, la servidumbre militar del rey pudo llegar á duras penas hasta Abbeville, llevando á su cabeza al conde de Artois y al duque de Berry, y detrás al general Exelmáns, que con tres mil caballos la vigilaba sin procurar alcanzarla. Desde Abbeville, se dirigió hacia Lille, pero al saber en el camino la marcha del rey se decidió á ir á Bethune. Allí los príncipes, comprendiendo la imposibilidad de llevarla al extranjero y de sostenerla, tomaron la determinación de licenciarla. Sólo trescientos hombres aptos para el servicio y cuyo sostenimiento no era superior á los medios con que contaba la familia real fueron conservados y siguieron al mariscal Marmont á Bélgica, en donde debían formar la guardia personal de Luis XVIII. Los otros se dispersaron en todas direcciones y los príncipes traspasaron la frontera para ir á reunirse con el rey.

Mientras que Luis XVIII había evacuado el territorio y puesto fin en el Norte á las ligerísimas inquietudes que habían podido concebirse en París, en el Este se sucedieron los acontecimientos con la misma tranquilidad. El mariscal Victor, encargado de formar un cuerpo de ejército en Champaña y en Lorena, se vió obligado á renunciar á esta empresa. El mariscal Oudinot, abandonado por los granaderos y los cazadores reales (antigua guardia imperial), depuso igualmente su mando, y la bandera tricolor fué enarbolada por todas partes en torno suyo. La antigua guardia imperial se encaminó de *motu proprio* hacia París; en Alsacia, some-